

Sara Beirão. Conferencia pronunciada en la sede del Consejo Nacional de las Mujeres Portuguesas en un acto conmemorativo por la paz

Sara Beirão. A speech held in the National Portuguese Women s Council in a plea for peace

Rosa M.^a Ballesteros García

SEIM/UMA.

Recibido el 20 de marzo de 2000.

Aceptado el 19 de abril de 2002.

BIBLID [1134-6396(2001)8:1; 179-192]

“En el congreso, en cumplimiento de sus deberes políticos, compareció en una sesión solemne, grave, histórica, de extraordinaria responsabilidad. Se trataba de la declaración de la guerra. Tres veces el presidente, según la fórmula parlamentaria, le pregunta: ¿Vota en contra o a favor de la guerra? Tres veces se le veló la voz en la garganta y no pudo responder. Lloró. Tal vez desearía defender a su país, pero no podía querer la guerra”.

*Eduardo de Noronha*¹

El pacifismo ha sido y es una de las facetas más atractivas —y quizás más desconocidas— del movimiento feminista. Si nos remitimos a sus orígenes, el movimiento, originado en los Estados Unidos de América, siempre tuvo en la paz uno de sus principales objetivos, y por ello no debe resultar extraño que la senadora Jeanette Rankin², ciudadana americana y militante feminista, reaccionara de la forma que es descrita por Noronha. Las pioneras americanas, muchas de ellas cuáqueras³, se habían estrenado en las luchas

1. NORONHA, Eduardo de: *Heroínas, Mulheres...* Porto: Livraria e Imprensa Civilização-Editora, 1925, p. 161 (T.A.). El texto hace referencia a Jeanette Rankin, natural de Montana y primera mujer congresista de los Estados Unidos.

2. Jeannette Rankin votó en contra de la intervención bélica.

3. Dos ejemplos relevantes son Lucretia Mott (1793-1880) y Susan B. Anthony (1820-1906). Aunque su origen fue la Inglaterra del siglo XVI, como muchos otros cultos perseguidos en Europa, los cuáqueros se asentaron en América del Norte y fundaron colonias, la más famosa de ellas, Pensylvania. Desde su creación, y durante 75 años, el Estado careció de

por los derechos civiles y en los movimientos antiesclavistas⁴, y entre las muchas razones que explican la aparición de esta nueva “tribu” se alude, según algunos autores, a varios y distintos factores tales como el auge del liberalismo, al fuerte crecimiento de las clases medias y al despegue económico de los EE. UU. en el siglo XIX.

Pero llegó el siglo XX y con él la Gran Guerra de 1914. Fue el detonante para que la reformista norteamericana Jane Addams (1860-1935)⁵ convocara el mitin femenino por la paz (Washington, 1915): allí nació el *Woman s Peace Party* (WPP). La idea cruzaría velozmente el Atlántico dando como resultado la celebración en la Haya (abril, 1915) del Congreso Internacional por la paz futura, organizado por algunas radicales, entre ellas la citada Addams y la doctora holandesa Aletta Jacobs. Ese mismo año la feminista, socialista y pacifista alemana Clara Zetkin (1852-1933) convocaba la Conferencia de Paz Internacional⁶. Siempre tuvo la paz un lugar relevante en los grandes congresos feministas, en los que se le dedicaba una sesión y la jornada final. Sin embargo, al estallar la guerra y entrar en conflicto el pacifismo con el discurso patriótico, la seña de identidad que hermanaba a todos los grupos feministas saltó hecha pedazos⁷.

A estas alturas, las herederas de Séneca Falls⁸ ya habían tenido tiempo de poner en práctica sus principios y de ver como el movimiento se había extendido al continente europeo. En la península ibérica el movimiento feminista no se revistió, dadas sus características, del fuerte contenido sufragista anglosajón. De igual modo que el español, el portugués, surgido a comienzos del siglo XX⁹, incorporará a su discurso, como no podía ser menos, los

ejército. Como apuntamos, muchas de las dirigentes eran seguidoras de la doctrina cuáquera, en la que la práctica del pacifismo era una de sus normas de vida; esto y el que las mujeres tuvieran los mismos derechos que los hombres nos dan la clave de su presencia en los movimientos reivindicativos.

4. Algunas de ellas tenían su origen en la misma esclavitud, como Sojourner Truth (1797-1883). En 1850 asistió a la Convención Nacional de Mujeres, celebrada en Worcester (Massachusetts).

5. Premio Nobel de la Paz en 1931.

6. Berna, 26 al 28 de marzo de 1915. Su posición pacifista y antibelicista la condenó al ostracismo político y a la cárcel.

7. Traemos aquí el ejemplo de las Pankhurts convertidas, en palabras de Françoise Thébaud, en “verdaderos sargentos reclutadores”. Vid, THÉBAUD, Françoise: “La nacionalización de las mujeres”. En DUBY, Georges; PERROT, Michelle (dir.): *Historia de las Mujeres en Occidente. El siglo XX*. Madrid: Taurus, 1993, pp. 31-82.

8. Oficialmente, la primera convención feminista, celebrada en Nueva York el 18 de julio de 1848.

9. El movimiento feminista surge en Portugal al abrigo de la Primera República (1910-1926). Sin embargo, los orígenes de la primera organización republicano-feminista: la Liga

principios pacifistas tan comunes al feminismo internacional, principios que, sin embargo, no eran extraños a las portuguesas que ya en 1900 habían formado un grupo ligado a la asociación francesa La Paix e le Desarmement par las Femmes. De esta efímera asociación pacifista, “fervorosa propaganda del ideal de la Paz” surgiría, en 1936, la Associação Feminina Portuguesa para a Paz¹⁰.

Las feministas portuguesas, sin excepción, apoyaron firmemente la idea de la paz. Sus discursos se encuentran plagados de citas o de llamamientos a su consecución, haciendo de la paz el lema más reiterado: “Nós que damos la vida, queremos a Paz”, rezaba uno de ellos. De esta forma la paz siempre estaba presente: “A batalha da vida é a batalha da paz”, escribía María Lamas (1893-1983)¹¹. Pero es quizás la jurista Elina Guimarães (1904-1991) quien mejor describe el fundamental papel que juega el pacifismo en el contexto feminista: “El pacifismo [afirma] es uno de los aspectos más simpáticos y tal vez menos conocidos del feminismo, aspecto esencial que explican dos poderosos motivos: se trata de un movimiento femenino y de un movimiento internacional. Instintivamente, las mujeres sienten horror por la guerra, pues aquellas que transmiten la vida no pueden dejar de odiar lo que destruye”. Es quizás por ello por lo que Ana de Castro Osório (1872-1935), la teórica más representativa del feminismo luso, no duda en referirse al movimiento calificándolo de “humanismo integral”.

El discurso que da título a nuestro artículo, escrito por Sara Beirão, y que transcribimos a continuación, une a su innegable calidad literaria la prueba gráfica del compromiso de las mujeres por la defensa de la paz: Pocas veces el binomio feminismo-paz se ha visto mejor descrito. El discurso, publicado en 1934 —dos años antes de que estallara la guerra civil española, de tan

Republicana das Mulheres Portuguesas (LRMP: 1909-1919) se remonta a sus vísperas. En 1914, tras la primera fracción de la citada organización, se funda el Conselho Nacional das Mulheres Portuguesas (CNMP: 1914-1947), primera organización exclusivamente feminista. Para esta cuestión vid. BALLESTEROS, Rosa M.ª: *El Movimiento Feminista Portugués: Del despertar republicano a la exclusión salazarista (1909-1947)*. Málaga, Facultad de Filosofía y Letras, 1999. Tesis doctoral. X Premio de Investigación “Victoria Kent” (ex-aequo). Publicación en prensa.

10. Fundada por Bento de Jesús Caraça, con el fin de apoyar a los prisioneros de los campos de concentración. Finalizada la guerra se mantuvo dando cursos diversos. Se reactivó en 1950 y en 1952, tras una conmemoración del día 8 de Marzo, fue clausurada por el gobierno de Salazar. Vid. BALLESTEROS, Rosa M.ª: “La Paz en el discurso feminista portugués”. En AGUADO, Anna (ed.): *Actas VI Coloquio Internacional AEIMH: “Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz”*. Valencia: Institut Universitari d Estudis de la Dona, 1999, pp. 201-211.

11. Última presidenta del Consejo Nacional das Mulheres Portuguesas (1945-1947), sede en la que Sara Beirão dio lectura al discurso que da título a este artículo.

honda repercusión para aquel país—, recoge vivencias de la propia Sara, el relato en primera persona de las escenas, aún vivas en su retina, de un país que enviaba a sus hijos al frente, fuera de sus fronteras, pero, fundamentalmente, es una reflexión sobre la necesidad de la paz.

Finalmente, no queremos cerrar este apartado sin detenernos unos momentos en trazar un pequeño perfil biográfico de la autora, siempre comprometida con la paz y los derechos de la mujer.

Sara Beirão (1884-1985), escritora y periodista, nació en la ciudad portuguesa de Tábua y era hija del médico Francisco de Vasconcelos de Carvalho Beirão. A los 12 años ingresó en un colegio de Porto, donde realizó los estudios, en ésa época, propios de niñas. Cuando regresó a Tábua se inició en el periodismo, usando el seudónimo de “Álvaro de Vasconcelos”, en un periódico local que dirigía su padre. Algunos años más tarde se casó, trasladándose a vivir a Coimbra, donde colaboró en el periódico *Humanidade*. Más tarde, habiendo el matrimonio fijado su residencia en Lisboa, empezó a colaborar en varias publicaciones: *Eva*, *Jornal da Mulher*, *Portugal Feminino*, *Modas e Bordados*, *Ilustração*, *Diário de Notícias*, *O Século*, *Diário de Lisboa*, *O Comércio do Porto*, *Jornal de Notícias*, *Diário de Coimbra*, entre otras. Colaboró también en publicaciones brasileñas: *Diário Português* y *Vida Carioca*. En *O Primeiro de Janeiro* mantuvo, durante largo tiempo, la sección titulada “Confessionário Feminino”, de gran audiencia entre las mujeres. Publicó numerosos libros y se dedicó también a la literatura infantil. Realizó numerosas conferencias sobre temas educativos o en defensa de los derechos de la mujer. Fue presidenta del Consejo Nacional de las Mujeres Portuguesas y directora de su revista *Alma Feminina*. Fundó con su marido, António Costa Carvalho, una institución asistencial: la Casa de Reposo y Asistencia para Artistas e Intelectuales.

*Por la Paz (Conferencia de Sara Beirão)*¹²

Señoras, señores:

Fiel a su misión de luchar por las ideas elevadas y justas el CNMP¹³ decidió conmemorar la paz invitando a algunas representantes femeninas de las elites intelectuales y artísticas, para conceder a la fiesta todo el esplendor

12. En portugués, en el original. Traducción de la autora

13. Como ya apuntamos, el Conselho Nacional das Mulheres Portuguesas fue la primera organización explícitamente feminista y apolítica, fundado por la doctora Adelaide Cabete (1867-1935) en 1914. El Conselho surgió como resultado de la disidencia de algunas socias de la Liga Republicana das Mulheres Portuguesas, la organización republicano-feminista fundada, entre otras, por Ana de Castro Osório, Carolina Ângelo (1877-1911), María Veleza (1871-1955) y la misma Cabete.

que tan grato asunto demanda y que gentilmente se prestaron a colaborar en esta pequeña manifestación, dando prueba evidente de que la suprema aspiración de la mujer es la paz, sea cual sea su condición social, sea cual sea su patria.

Todos los movimientos feministas, que tanto desagradan a muchos, y que consideran una muestra de rebelión contra antiguos usos y costumbres, no tienen otro fin que la paz de la familia.

En vano claman los refractarios al progreso llenando de apodos a las precursoras de esa impetuosa corriente que revolucionó los viejos hábitos patriarcales para dar al Cesar lo que es del Cesar, consiguiendo que las bellísimas palabras del rito egipcio —donde tu fueras Caio estaré yo Caia— sean la expresión exacta de la vida conyugal y por así decirlo el símbolo de la unión eterna, del amor duradero, de la felicidad plena.

La razón repele con energía, aunque aparentemente se someta, la situación deprimente que la mujer ha ocupado en el mundo civilizado, que podría decirse con mayor propiedad, parafraseando la vieja fórmula de una civilización tan lejana —donde tu fueras Caio, yo seré tu humilde sierva y nada más.

La señorita Pankhurst¹⁴, la incomprendida, incluso por muchas mujeres, eleva ese clamor ruidoso que hizo eco en todo el mundo, sorprendiendo y asustando a los tradicionalistas, reclamando derechos para quien nunca se le ahorró deberes.

Hoy el feminismo es cosa corriente.

Alcanzó su máxima velocidad en la conquista de las prerrogativas de las que el hombre era hasta hoy su único detentor. Todas lo practican sin tropezar por ello.

Se abren de par en par las puertas de los harenes y entra la mujer activamente en la vida social.

En la propia Turquía aparece una aviadora en la armada y diez magistrados femeninos.

En Túnez la señora Kebaili da el golpe decisivo a las viejas costumbres musulmanas.

En Egipto, Naima El-Ayouli obtuvo el primer premio en la facultad de Derecho, y Hoda Charoni trabaja activamente por la causa feminista.

Se reforma el código de China dando igualdad de derechos a la mujer.

En Polonia aparece el primer juez femenino, Wanda Grabenska, y poco después Wanda Raminska.

En los Estados Unidos surgen cuatro secretarías de Estado, dos tesoreras y una auditora.

14. Se refiere a la líder feminista británica Christabel Pankhurst (1880-1956), hija de Emmeline Pankhurst (1858-1928) y hermana de Sylvia (1882-1956) y Adela (1885-1961), cofundadoras de la Women's Social and Political Union (WSPU): Manchester en 1903.

En Inglaterra la notable oradora, señorita Margaret Bondfield, ocupó en el gabinete Mc Donald el honroso lugar de ministra de Trabajo.

Han aparecido once consejeras municipales en Kiddlesey y diez en cada uno de los otros estados.

En París, la señora Achile Mestre fue nombrada profesora de la facultad de Derecho.

El mundo marcha demostrando, con argumentos irrefutables, que la tierra es de todos y las regalías tienen que ser distribuidas equitativamente ya que, según la doctrina de la Iglesia, todos somos hermanos.

Aún queda quien está en contra de ese movimiento tan interesante en que la mujer viene demostrando sus cualidades de tenaz luchadora a favor de la más humana de las causas.

Es también curioso constatar que muchas de las que se niegan a colaborar en esa gran obra, en pro de todas nosotras, son con frecuencia las primeras en aprovecharse de los beneficios conseguidos por los asociaciones feministas.

Como ejemplo el divorcio, el empleo público y muchas otras cosas.

De eso se enorgullecen las que de forma tan altruista trabajan por el bien general.

El sol cuando nace es para todos.

De esos derechos, ganados a golpes de insistencia y de audacia, abriendo a la mujer los templos del trabajo, concediéndole como un premio celestial la remuneración a su producto, se ha derivado mucha paz y felicidad.

Gran parte de los conflictos conyugales provienen de la falta de recursos.

Casa donde no hay pan todos discuten y nadie tiene razón —reza el conocido refrán portugués—.

Las viejas organizaciones sociales concedían al hombre todas las ventajas, considerándolo el señor absoluto, disponiendo incluso de la vida de la consorte como aún ocurre entre los Kabilas.

A la mujer apenas le restaba un medio, adular, lisonjear para vencer.

Algunos, se convertían en tiranos especialmente cuando se trataba de dar dinero.

¡Qué desagradable resultaba para todos esta situación!

Aflictiva para las que pedían y... antipática para los que, haciendo de Harpagões¹⁵, si hurgaran en su interior, debieran sentir el desprendimiento por las cosas terrenas que sintió el pobrecito de Asís por su voluntaria pobreza.

La mujer que se gana la vida evita muchas humillaciones, muchos odios.

Quien en casa siente bienestar, armonía, tranquilidad, siente menos voluntad de salir y una irresistible tendencia para las buenas acciones; para proteger a los débiles, los viejos y los niños.

15. Tipo de hombre avaro.

Sentirá la alegría de vivir, deslumbrarse con las sonrisas de la aurora, con la música de los niños, con la cantinela nostálgica del mar transportada por las alas del viento, con las hossanas de místicos arrobos, murmuradas por las florestas en ese augusto silencio que sólo existe en el campo.

Nunca su mano se armará para destruir otra vida.

En los austeros despachos donde se forjan las leyes que rigen el mundo, donde los grandes estadistas, espíritus ardientes, resuelven activamente los más complicados problemas sociales, la influencia del ambiente casero ejerce fatalmente su magia.

Hay que optar por medios suaves, que en vez de sacrificar vidas precipitándolas al abismo de la muerte, las robustezcan, las eleven a la cúspide del triunfo a través de un arduo y saludable trabajo, de una firme voluntad, metódicamente y con orden.

Los pueblos son grandes por algo más que por las armas.

La fama de la Grecia antigua no se asienta en las ruidosas victorias sobre los persas sino en la inspiración de los filósofos, poetas y artistas, gloriosos abuelos de la presente humanidad.

No habrá coraje para arrancar a los que trabajan y aman en la simpleza y calma campesinas hacia las lides belicosas a través de los sonos estridentes de clarines.

Yo creo absolutamente en la paz.

La realización de ese objetivo depende de asociarnos con toda nuestra atención a tan hermosa idea.

Debemos convencer a la infancia de que lo efímero de las cosas no vale la lucha encarnizada empujada por las ambiciones.

Tenemos que esforzarnos por reprimir esa tendencia inherente al género humano que por vías diferentes conduce al mismo fin: la lucha.

La crisis económica alarma y arrastra a terribles conclusiones.

Me decía hace tiempo un amigo: la guerra es necesaria; desarrolla el comercio, la industria y las ciencias, dando a todo un notable impulso.

Se olvidó, sin embargo, y también muchos otros, que la guerra del futuro sería irremediabilmente trágica.

No habrá heroísmo, existirán máquinas sembrando la muerte sobre la tierra.

No aparecerán espíritus ardientes que vuelen a sacrificarse en el altar de la patria, como Juana de Arco o Juana Achette.

No surgirán heroínas panaderas de Aljubarrota, ni Marias de la Fuente¹⁶.

No brillarán más esas figuras que aparecen en la historia como astros de primera magnitud.

16. Heroínas bélicas populares portuguesas que lucharon por la independencia de Portugal contra los españoles.

El pánico será horrible.

La completa desaparición de la actual civilización.

No quedaría agua en las fuentes, brezos en las sierras ni flores en los prados.

La bomba atómica incendió a 1.500 kilómetros de aquí pueblos indefensos, destruyendo aldeas y ciudades sin que el agua pudiese atenuar esa tremenda hecatombe.

Todo el espacio arderá.

Las colosales alas de los aviones gigantes esconderán el sol desde la altura, lanzando desde 7.000 metros gases asfixiantes contra los que no hay máscaras; bacilos de peste, de viruela, de cólera, de tifus, de epidemias y de toda la monstruosa falange de agentes de la muerte que los hombres de ciencia tratan con el mayor descuido, para ser lanzados en el momento oportuno liquidando a la humanidad en un momento.

Así será la guerra del futuro.

De Berlín se podrá incendiar París o Londres.

Esas bombas monstruosas atraviesan los techos de las casas hasta los sótanos, produciendo un calor superior a 3.000 grados.

Cada avión puede transportar 500 de esos proyectiles de extraordinaria potencia contra los que no hay posible resistencia. El agua los activa.

Esta devastación total no puede ofrecer a los futuros Cresos¹⁷ grandes probabilidades de victoria.

El destino no suprimirá ciertamente los egoístas ni los ambiciosos. Todo se fundirá en cenizas.

El universo, abriendo las puertas, mostrará el poder fantástico de los sabios, perfeccionando en los siniestros laboratorios el arte de matar.

Se complacerá en su obra infernal.

La asolación de la última guerra, reduciendo a escombros prósperas ciudades, mostrándonos el cuadro desolador de bosques inmensos, levando al cielo en dolorosa aflicción los fragmentos mutilados de una extinta belleza, los templos arrasados donde las magnificencias del arte sucumbieron al estallar los cañones, la tierra sembrada de cadáveres de jóvenes para quien la vida apenas se había abierto a la realización de ardientes sueños, todo eso es apenas nada frente a la guerra de mañana, sumiendo todo en la nada sin que subsista una esperanza.

Evitemos a todo trance ese abominable azote, que hace más de tres siglos el padre Antonio Viera, lejos de imaginar a que niveles llegaría el arte de matar, ya describió: “la guerra es aquella calamidad compuesta por todas las calamidades, y en la que no hay mal alguno no se padezca o que no se tema”.

17. Personaje de la mitología griega, famoso por sus riquezas.

Luchemos por el bien general.

Que la paz sea nuestro ideal.

Convenzamos a aquello en cuyas manos están los destinos de los pueblos que, como racionales, debemos evitar a los orgullosos guerreros que nos equiparan a las fieras y a los salvajes.

No se olvidará jamás la lucha que oscureció la tierra, como si el sol desapareciera del espacio; después de ese formidable desastre en el que sucumbieron 9.743.914 criaturas, en el que 20.927.458 fueron heridas, en el que 10.000.000 quedaron inválidas y en el que 3.000.000 desaparecieron.

Según un cálculo de Carlos Davinga, la población de los estados europeos se redujo en 35 millones.

¿Para qué esa carnicería atroz?

El grito de la señora Roland, al subir al cadalso clamando libertad, puede aplicarse a la patria: “¡Oh Patria! ¡Cuántos crímenes cometidos en tu nombre!”.

No existe ningún derecho para arrastrar a la muerte a individuos en la flor de la vida que pueden hacer progresar las industrias, especialmente la agricultura, fuente de la abundancia. El desarrollo y la prosperidad de una nación no está en razón directa a su superficie.

Su área puede ser limitada, enorme su producción y envidiable su estado financiero.

De esta forma vemos que Bélgica, Holanda y Suiza presentan magníficas condiciones económicas. Especialmente porque esos países viven sin agitaciones que perturbe el sosiego de su laboriosa y fecunda vida.

De la paz brota la riqueza y la felicidad.

La mujer tiene a su cargo una misión extremadamente simpática.

Es ella la que forma el alma de los hijos ejerciendo una autoridad extraordinaria e indirecta en los destinos de los pueblos.

Pueden y deben inocular en los cerebros infantiles los gérmenes de la paz.

Los juguetes tienen una gran influencia en los niños. En vez de soldaditos de plomo, de armas, de todo ese aparato bélico que despierta instintos que podían quedar adormecidos para siempre, debe dárseles instrumentos prácticos que despierten vocaciones para las artes, para las industrias, para todo en suma cuando pueda conducir a victorias personales que serán, consecuentemente, las de la Patria.

Trabajar por el desarrollo de la civilización, como Felipe el Bueno, inventando la iluminación de gas, Watt creando la máquina de vapor, Edison y Marconi con sus actuales descubrimientos, y tantos otros.

No perfeccionemos el arte de matar pero si el de vivir, confundiéndole con la belleza rítmica de los sonidos, en el esplendor de la luz, en todos los dones que la naturaleza prodiga, para que se aproveche el regalo de la vida, tan efímera para lo mucho que ha de aprenderse.

Somos nosotras, las mujeres, quienes debemos emprender la dulce campaña de desviar a los espíritus de ese ambicioso rumbo que arrastra a conflictos y luchas fratricidas, que dejan a los pueblos exhaustos por largo tiempo y que en gran parte no entienden la causa por las que se bate, como en la gran guerra, cuyos horrores se grabaron indeleblemente en la memoria de todos.

No se me borra de la retina el cuadro que sorprendí en la estación de Coimbra al principio de esa tragedia que estuvo cuatro años en escena.

Fue en un nostálgico otoño.

El Mondego¹⁸ llenaba de lado a lado el grandioso lecho. Los chopos agitaban las últimas hojas en convulsiones histéricas.

En el puerto el movimiento era inusual.

Me costó llegar hasta la ventanilla de los billetes.

Aparato bélico.

Arrastraba la mancha cenicienta de los uniformes en una enervante monocromía.

Rostros morenos, bronceados por el sol de los campos, arrebatados por sorpresa a la labor de la tierra, reunidos deprisa, tenían el aire imbecilizado del atontado, incapaz de reflexionar, de coordinar ideas.

Aplastados por la mochila, sucumbidos al peso de la *saudade*¹⁹, apenas esbozada, como un gran fantasma informe, escuchaban los afligidos gemidos de las madres, de las hermanas y de las novias que con la intuición, tan peculiar en la mujer, adivinaban la inminencia de la inevitable catástrofe.

Me llamó la atención una hermosa joven, a lo más 20 años, con un pequeñín al cuello a quien las lágrimas le corrían como una fuente.

Me interesó aquella juventud atormentada.

—¿Qué tiene?, le pregunté bajito.

Me contó entre sollozos su historia.

Se había casado hacía un año; vivían el uno para el otro, tan unidos como un alma en dos cuerpos. Nació el pequeño; una luz para alumbrar el camino.

De repente, como si la tierra se abriera, o el cielo arrojase sobre ellos un fulminante rayo, lo mandaron partir hacia la guerra...

No se como se puede mandar morir a quien bien se quiere, señora.

¿Es esto justicia?

—Su hombre volverá, le animé.

—Nunca más, me dice el corazón que no le volveré a ver...

El marido, fuerte, exuberante juventud, pálido de emoción, parecía un sonámbulo.

No veía ni oía.

18. Río que atraviesa Coimbra.

19. Sin traducción literal, puede asociarse a la palabra española "nostalgia".

Un silbido estridente anunció la partida.
 La onda humana se agitó.
 Gritos lacerantes de las mujeres.
 Abrazos apretados, besos ardientes, los últimos.
 Despedidas hasta la eternidad.
 Se metieron precipitadamente en el tren.
 Las ventanas se llenaban de cabezas ansiosas.
 Ojos que perforaban la multitud en busca de otros ojos que se bajaban ahogados en lágrimas.

Un pitido que penetró en los corazones, como un puñal, fue la señal de alarma.

El monstruo se agitó, se estremeció, dudó.

Los pechos jadeaban, como si fueran a entrar en la sepultura.

Partió con una vertiginosa arrancada.

En el muelle se erguían manos crispadas por la desesperación de no poder apartar la marcha del destino.

Adiós hasta siempre, hasta el otro mundo, se elevaron en un angustioso grito de centenares de bocas deformadas por el dolor.

Almas arrodilladas a la sombra de un futuro sin restos de esperanza cayeron sin aliento.

Viejos, mujeres, niños, enlazados por el mismo sufrimiento, sin fuerzas para desprenderse de allí. El monstruo insensible, vertiginoso, desapareció sofocando los juramentos, las protestas de indignación de los que iban a dejar para siempre la casa natal.

Pasado el tiempo, por azar, me tropecé en la calle con la chiquilla de la estación.

Me reconoció, vino hacia mí como una vieja amiga.

Se había hecho lavandera para ganar el pan.

Venía cargada con el bulto de ropa y con el hijito en brazos.

Le di mi dirección.

Comenzó a ser asidua mía.

Me traía regularmente las cartetas del hombre para que las leyera y respondiese.

Siempre repletas de *saudade*...

Un día, una carta con alargada tarjeta negra, trajo hasta mí a una sobresaltada Rosa.

“Manuel murió heroicamente en el campo de batalla”, garrapateaba un compañero...

La pobrecilla cayó sin sentido.

Volvió después en sí con el mirar extraviado.

Temí que enloqueciera.

—¿La carta?, preguntó, mirándome.

Se la enseñe.

—Lea, señora, lea otra vez, por caridad.

—Murió heroicamente, decía el papel.

Rosa señaló la hoja enlutada e interrogó ansiosa:

—Heroicamente ¿Qué es?

—Como un valiente, honrando a la Patria.

¿La Patria es alguna mujer?

—No, es la tierra en la que nacemos y a la que debemos querer como hijos hasta morir por ella.

—No hay madre que consiente en el sacrificio de los hijos.

—Son órdenes superiores, Rosa...

—La señora, que escribe en los periódicos, y habla con esos que mandan, dígales que tengan corazón. Que no arranquen de los brazos del amor a los que se quieren. Dígales que dejen trabajar la tierra, que da de sobra para todos, afanarse en el campo, ganar con el sudor de la frente el pan que tanto cuesta.

La tierra sembrada de lágrimas no da sustento al cuerpo. Que no manden matar a quien nunca les hizo mal.

La Patria, si es buena madre, no puede querer la pérdida de los hijos. Dígalo, dígalo, señora, para que de aquí a veinte años no me lleven a mi niño al matadero donde quedó el padre.

Y se abrazó al pequeñín llorando convulsivamente.

¡Cuántas *maters* dolorosas, por este país, regaron los abrojos del camino con su eterno llanto!

Es necesario armonizar los intereses individuales con los sociales para que no surjan embates que inutilicen las energías necesarias en peleas útiles para el bien general.

No nos solidaricemos con la guerra, pero sí con la paz.

Apáguese en la mente de los conservadores, agobiados por un irremediable fatalismo, viejo lugar común, oprimente como una terrible pesadilla, que la guerra es indispensable para el progreso, que la paz es una utopía.

La guerra es inevitable, claman al deshojar las páginas negras de la historia, evocando las luchas sangrientas de Egipto en tiempos de la famosa Cleopatra. Las Carolingia, las religiosas en la Europa central y occidental, la revolución francesa cortando cabezas por doquier, hasta la Gran Guerra en la que sumariamente se derrumbaron las legiones de los héroes.

Hacer de la aberración de alguien el crimen de todos, es de una mentalidad de tribus caníbales y no de estados civilizados.

—¿No ves los males sin fin que caerán sobre ti y tus hijos?, dijo Sófocles, 490 años antes de Cristo.

“El gran público [escribió el general Waygand] tiene un vago sentimiento del grave e inminente peligro pero, por una especie de respeto humano, se evita hablar de la guerra química y de sus peligros”.

La prensa no es la única que calla, las obras militares no adelanta nada. Pero para evitar el peligro es necesario conocerlo.

La guerra química será la mayor monstruosidad para manchar las páginas de la historia, si quedara un brazo ileso para narrar esa espantosa tragedia.

En la vasta galería de los horrores aparecerá el nitrocloroformo que ciega instantáneamente.

El gas vomitivo que hace expeler las entrañas por la boca. Suplicios alucinantes que oprimen el corazón solo de pensar en ellos.

Contra todos estos males hay apenas una acción eficaz: suprimir la guerra.

La paz es condición de vida de la especie humana.

Es preciso una propaganda intensa en este sentido. Educar a la opinión pública, convencerla de que la paz debe ser preparada por una voluntad común a todos los pueblos.

Reforzando el teórico pacto Kellog, veo el proyecto de Federación Europea de Briand.

Después de 1891 las asociaciones pacifistas extienden por el mundo su enorme red, obedeciendo a un organismo central.

Fue Federico Passy quien creó y presidió en Francia la Sociedad de los Amigos de la Paz.

Al mismo tiempo, Charles Lemonier creaba la Liga Internacional de la Paz y la Libertad que tuvo las honrosas adhesiones de Víctor Hugo y Garibaldi.

Sucedió A Federico Passy, Charles Richet, secundado por el economista Charles Guide.

En París la señorita Weisse, la directora de "L Europe Nouvelle", fundó la "Escuela de la Paz" donde eminentes personalidades europeas realizan utilísimas conferencias.

La mujer tiene en esta campaña pro-humanidad un lugar preeminente.

Se creó también la "Guía Internacional de las Cooperadoras", para procurar combatir la guerra de una forma práctica.

Por la unión de las mujeres enseñando, a través de una propaganda cotidiana, las ventajas de la paz; ¡Solo en Escocia se organizaron 349 grupos con 26.353 miembros!

Se fundó también "La Ligue International des Femmes", presidida por Jane Adams, que cuenta con más de 50.000 propagandistas, con el fin de unir a las mujeres de todos los países para que se opongan a la guerra.

Entre las tentativas femeninas aparece "La Ligue International des Mères et Educatrices pour la Paix", creada por Madeleine Vernet.

El elemento femenino trabaja denodadamente por la paz, considerando que la guerra es un crimen contra la humanidad.

En Portugal se mira con bastante indiferencia ese movimiento, sin darnos cuenta que todo lo que hagamos por el bien general mañana puede ser en

nuestro propio interés; librar de la muerte cierta a todos aquellos a quien más queremos.

Hagamos nuestras las palabras de Eugenio Guilot: Todo por la vida, nada por la muerte.

Señoras, en sus manos está, en gran parte, el futuro de los pueblos.

Trabajar por la paz es el más bello ideal a pueden ligar su actividad.